

estimó conveniente y justo lo contrario se la ha de censurar? Cúlpese al gobierno si hizo de la Asamblea del clero un cuerpo deliberante, pídase á éste la responsabilidad, pero no se condene lo que estuvo en razón. Brienne es doblemente culpable, pues no solo hizo del clero un cuerpo político, sino que por desconocer completamente el espíritu reinante en la Asamblea fué á buscarse un nuevo enemigo que combatir. En suma, el clero se pronunció, no en pro, sino en contra de los edictos, y esto en términos de suma gravedad. En las dos representaciones al rey que acordó, por cierto bien contradictorias, decía; en la primera:

Que en vista de las circunstancias «y del gran movimiento en las cosas y personas que el rey acababa de operar con sus edictos, sería un crimen el callar, por lo cual estima que el orden y la confianza no renacerán sino se convoca cuanto antes los *Estados generales*, pero dice: «¡Cuán útiles no serían esas Asambleas, si se reunieran periódicamente y á cortos intervalos!» Y como si esto no fuera adelantarse á lo que el rey quería, como si no fuera esto colocarse al frente de los que reclamaban como Lafayette Asambleas anuales ó bianuales, dice del proyecto del rey, esto es, de convocarlas cuando mejor le pareciera, «¡Cuán benéfico no sería su influjo si tal se hiciera, en vez de convocarlas tan solo para participarles grandes males ó para pedirles grandes sacrificios!» Y continúa todavía diciendo: «Sin las Asambleas nacionales el bien del más largo reinado no puede ser más que un bien pasajero: la prosperidad de un imperio descansa sobre una sola cabeza. ¿Qué podemos citar de nues-

tra antigua monarquía? Algunos hombres y algunos años aislados; y, cuando se trata de imperios y de siglos, qué son algunos hombres, qué son algunos años? Los males son grandes, los remedios deben creer serlo más; pues la gloria de V. M. no está en ser *rey de Francia*, sino en ser *rey de los franceses*, pues el mayor de vuestros súbditos es el más hermoso de vuestros dominios.»

Respecto á la cuestión de dinero que es materia de la segunda representación,—15 de Junio,—dice Chérest «que no sin profunda pena se puede leer una exposición en la que el clero, á pesar del déficit, á pesar del progreso general de las ideas, á pesar de la justicia y de la razón, se obstina en conservar el monstruoso privilegio de no contribuir á las cargas del Estado, y en lo que reclama del rey perentorias medidas de protección, análogas á las que, en circunstancias críticas, había arrancado á la debilidad ó á los apuros de sus predecesores. En una palabra, da prueba de que aún en vísperas de 1789, sus egoístas pretensiones son las mismas de antes.

»Pero se dirá, ¿cómo el clero conciliaba tales doctrinas con el restablecimiento de los *Estados generales*? Es que él se los figuraba divididos como antes en tres cámaras, votando por separado, con derecho de veto para cada una de ellas contra las decisiones de los dos otros. En ese sistema, el clero no encontraba solamente una salvaguardia contra el poder absoluto, sino una garantía para sí mismo contra toda especie de reclamación. Aquí está la causa del error que cometió, y del que no tardó en arrepentirse amargamente.»



CAPITULO XIV

CONVOCACIÓN DE LOS ESTADOS GENERALES

Apurada situación del obispo.—Resuelve cambiar de política y apoyarse en el Tercer estado.—Cómo ejecuta su plan: discusión.—Actitud de Mirabeau.—Brissot.—Los amigos de los negros.—Mangourit.—Revelaciones.—Suspensión de pagos.—Agitación.—Dimisión del obispo.—Cómo juzga Chérest su gobierno.—Los clubs.—Quiénes los establecieron.—Su importancia.—Se llama á Necker.—Necker acepta.—Dimisión de Lamoignon: á que precio se obtuvo.—Que podía hacer Necker.—Porque se convocaron de nuevo á los disueltos Parlamentos.—Retírase el decreto de suspensión de pagos.—Pide Necker la reunión de los *Estados generales* para Enero de 1789.—Actitud del Parlamento.—Sus resoluciones antiliberales.—Si fué obra de una conspiración de la corte.—Su desprestigio.—Dupont.—Comienza la anarquía política.



ABANDONADO el arzobispo del clero, de la nobleza y de la magistratura, no le quedaba más que uno de estos dos caminos, ó retirarse del gobierno ó combatir sin tregua á sus enemigos, á los privilegiados.

Pocos ejemplos registra la historia de gobiernos que hayan sabido retirarse á tiempo para gloria suya y provecho de las instituciones públicas. Por un fatal fenómeno de espejismo no se ve más que á sí mismo, se cree ser la nación, y en los elementos de oposición no se reconocen más que discolos ó petulantes, Lomenie, es cierto, no fué víctima de ese fenómeno. No se retiró porque había comprometido á los reyes en una lucha terrible, pues aquel apoyo que el rey había prometido á Turgot y á Calonne que de derecho tal vez le hubieran salvado, sólo había sido fiel al arzobispo que había de perderle. No podía, pues, retirarse sin ser acusado de traición ó de deslealtad. Tomó, pues, por el camino de combatir á sus enemigos, y como para ello sólo podía

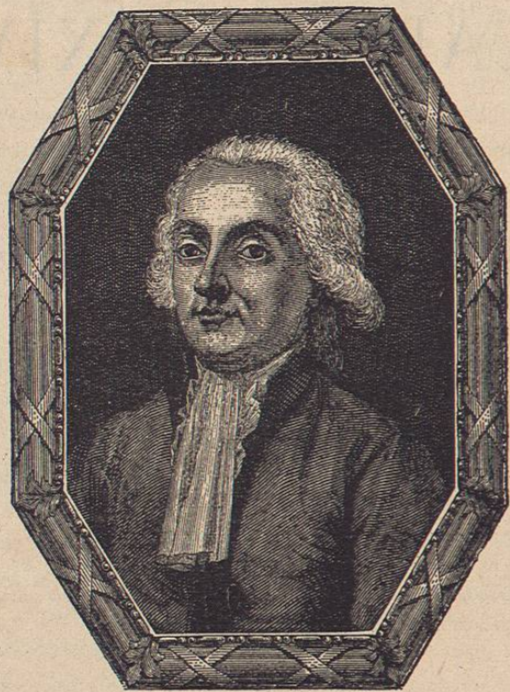
apoyarse en el Tercer estado, buscó su fuerza sin reflexionar que los hombres que tan duramente eran tratados desde 1781, habían de pedirle grandes seguridades para no escatimarles su concurso.

Háse discutido mucho este cambio de política que unos afirman y otros niegan, el mismo Chérest, á pesar de los elementos que da para probar su existencia, no cree en él, á lo sumo consiente en ver un plan que no se siguió por falta de energía en el ministro, ¿pero no es esto confesar que el plan existió? Levantar al Tercer estado para sembrar recelos y desconfianzas en las dos órdenes primeras, era de buena política maquiavélica, dado que no entendía Brienne servirse del Tercer estado de buena fe, y claro está que para estas empresas se necesita tanto genio como energía. El arzobispo, en cambio, no era más que hombre de intención.

Para poner en marcha su plan envió á provincias hombres capaces de inflamar con su elocuencia todas las pasiones. «Escritores conocidos por su talento,

por su espíritu faccioso y revolucionario, fueron enviados á provincias para inflamar el pueblo, y difundir con sus discursos y escritos, los principios de igualdad y de libertad que podían levantarle contra las órdenes privilegiadas y preparar su destrucción. A este efecto, Mirabeau fué á Provenza, Volney, al Anjou y á la Bretaña, y otros menos conocidos se difundieron por otras provincias. París estaba inundado de escritos incendiarios, tolerados por el gobierno que concedía abiertamente su protección á

sus autores,» y quien dice esto es el barón de Boi-llé, de modo que no puede cabernos duda sobre su exactitud. Weber dice lo mismo respecto del plan político del arzobispo. El gobierno había acabado por ceder á las reclamaciones de la aristocracia bretona y consentido que se reuniera su Asamblea, entonces fué cuando «el gobierno empleó toda su influencia en suscitar las pretensiones del Tercer estado contra la orden de la nobleza; y el mariscal de Stainville, enviado para mandar en la provincia,



LE CHAPELIER

y los principales depositarios de la autoridad del gobierno, tuvieron orden de dirigir los espíritus hacia ese movimiento; y formar una alianza defensiva entre el pueblo y la corona, contra lo que se llamaba la resurrección de los nobles.» Esto es lo que dice Weber. Y todavía se pueden añadir nuevos datos para ilustrar esa conspiración del poder.

Mirabeau publicaba á la sazón un periódico titulado *Análisis de la prensa inglesa*. Su objeto era difundir los principios de la monarquía constitucional é interesar en su obra á todos los espíritus ilustrados. Pero muy á menudo Mirabeau se veía contrariado en su obra por la previa censura á que estaba sujeta la prensa francesa. Ahora bien, es en este momento crítico para el gobierno cuando el arzobispo concede á Mirabeau el enorme privilegio de no tener que llevar su diario á la censura y ¡cuando! cuando un joven que había visitado varias ve-

ces la Bastilla y acababa de regresar de los Estados Unidos en donde había ido á templar su alma ya republicana en su tierra natal, insertaba sus escritos sobre la trata y emancipación de los negros en el periódico de Mirabeau. Este joven era Brissot, á quien tan pocos años quedaban de vida, víctima de las pasiones revolucionarias. Brissot desde su regreso se había ya hecho notar por la Autoridad por sus exaltadas ideas, y fué de los primeros en comprender que al fundar Bergasse una sociedad para estudiar el magnetismo, lo que se iba á hacer allí eran no experimentos magnéticos, sino experimentos políticos. Los físicos que se reunían con Bergasse y Brissot se llamaban Lafayette, Epremesnil, Sabatier, Petion, Claviere que le ayudaba en su propaganda republicana «de la que nadie hacía caso,» como el mismo Brissot consignó en sus *Memorias*, y de este núcleo fué de donde salió otro no menos

caracterizado por su personal para formar la sociedad de los *Amigos de los negros*, viéndose al lado de Brissot á Carra, Debourge, Cerisier y el joven é infortunado Valady, Bergasse, Mirabeau, Claviere, naturalmente y Lafayette que fué su más enérgico valedor. Este centro agregó á poco á la sociedad, gracias al proselitismo del general, socios nuevos tan importantes como los duques de Larochofoucauld de Havre, etc.; el marqués de Condorcet, que á su vez presentó entre otros á los dos Lameth, y

ya en plena prosperidad la Asociación, el liberal obispo de Chartres, el célebre escritor Volney, los sabios Lacedede y Lavoisier cuyo infortunio fué tan grande y otros muchos entraron igualmente en la sociedad de los *Amigos de los negros*, que ni por un momento se olvidó de lo que debía á los blancos. Y como de todos esos grupos era Brissot la alma y la cabeza, ¿cómo dudar de la existencia de un pacto entre el gobierno y esos hombres, cuando menos á Brissot mover y agitar los ánimos en favor



CAZOTTE

de las empresas más liberales y colaborador activo de Mirabeau de quién no puede dudarse que había venido en auxilio de Brienne á lo último de su gobierno?

Chérest no da toda la importancia que para esclarecer la política del gobierno tiene á lo que Mangourit cuenta respecto del *Heraldo de la nación bajo los auspicios de la patria*. Este periódico se fundó bajo la protección de Brienne y de Lamoignon quienes introducían dentro de París sus números en sus carruajes lo mismo que los folletos de Mangourit. Si la obra de éste es floja y se ve la mala mano que tenía el gobierno para encontrar auxiliares, el hecho indubitable no por esto merece menos importancia, puesto que nos permite sorprender al gobierno con las manos en la masa.

En fin, la hija de Necker, la esposa del embajador de Suecia, estaba en situación de saber lo que pasaba, pues bien, la baronesa de Staël, dice terminantemente que el arzobispo de Sens, «dignidad

que se había hecho adjudicar el que hasta entonces lo había sido en Tolosa,» excitaba al Tercer estado para apoyarse en él contra las clases privilegiadas «pero sin lograr captarse la benevolencia de aquel que no podía comprender cambio político tan radical, de modo que al gobierno le pasaba ahora lo que á los parlamentarios á quienes nadie tomó en serio su liberalismo, y sin embargo, el gobierno acababa de comprometerse de una manera terrible, puesto que acababa de publicar, día 8 de Agosto de 1788, el edicto convocando los *Estados generales* para el día primero del próximo Mayo. Se había pasado el Rubicon, y sin embargo, todo el mundo temía y aún recelaba un engaño. Lafayette y Mirabeau no nos dejarán mentir.

Mirabeau recibió el edicto de convocación como recibe el niño el dulce prometido después de haberse hecho ansiar por largo rató. Había llegado ya su tiempo. Mirabeau lo veía claro y se disponía para representar el papel principal. Lafayette se